

El concepto de Flujo en Deleuze, Lyotard y Foucault

Sergio Tonkonoff

(CONICET/UBA)

El presente trabajo se propone despejar alguna de las articulaciones principales del concepto de flujo tal como se presenta en las obras de Deleuze, Lyotard y Foucault. Se buscará mostrar que existe entre estos autores una notable continuidad en el tratamiento y la utilización de este concepto, y se argumentará a favor de su pertinencia como herramienta teórico metodológica de primer orden en el campo de las ciencias sociales y las humanidades.

Hipótesis de lectura

Partamos de la afirmación de Deleuze y Guattari según la cual “tenemos tantas líneas enmarañadas como la mano”. Ella comporta una forma distintiva de abordar lo social que ha sido compartida en gran medida por Foucault y Lyotard, y que todavía –luego de sus respectivas obras fundacionales elaboradas a partir de 1970– espera ser cabalmente articulada y desplegada en amplios programas de investigación socio-histórica. Dicha perspectiva es llamada Micro-física o Genealógica por Foucault y denominada Economía Libidinal por Lyotard. Deleuze y Guattari (1980) la bautizaron, por su parte, de diversos modos: “Lo que llamamos con nombres diversos - esquizoanálisis, micro-política, pragmática, diagramatismo, rizomática, cartografía- no tiene otro objetivo que el estudio de esas líneas, en grupos o individuos.” En todos los casos, los individuos y los grupos estamos hechos de líneas o flujos, lo que comporta una serie de severos principios ontológicos, epistemológicos y lógicos a los que es preciso atender para saber que estamos ante una forma nueva u otra de comprensión del socius, la psiquis, la physis y sus relaciones recíprocas. Se trata de una perspectiva meta-teórica –un paradigma– en la que el concepto de línea o flujo juega un rol principal, y de cuya elaboración participaron, en distinta medida, todos los autores aquí mencionados. Tal es al menos una de las hipótesis que guía el presente trabajo.

Economía Libidinal y Micro-política

Deleuze y Guattari, también Lyotard, refieren a menudo a flujos de saberes, tecnologías, mercancías, dinero, trabajo y población. Para ello invocan a veces el nombre de Keynes y, sobre todo, el de Marx. La pista de la economía política, sin embargo, aunque digna de ser seguida, puede llevarnos a desconocer la clave del planteamiento. Se trata en cada caso de flujos de deseo. Esta tesis resulta difícil de escuchar puesto que va a contrapelo de todos los clasicismos (marxismo, psicoanálisis y estructuralismo incluidos). Importa no imaginar aquí al deseo como un elemento simple e indistinto, algo que puede suceder aun cuando se lo asimile a un fluido. Así, por ejemplo, podría suponerse a la libido como energía –biológica y/o psíquica– indiferenciada, uniforme y compacta. El microscopio postestructuralista muestra, en cambio, que, de cerca, nada es homogéneo, cerrado y puro. No lo es el espacio al que por costumbre llamamos subjetivo, dado que una pléora de deseos lo constituye lo anima y lo modifica con un dinamismo permanente; pero tampoco lo es el deseo mismo. Sometido a una aproximación infinitesimal, todo deseo se revela como complejo e híbrido, hecho de micro texturas diversas. La imagen que le corresponde es la de un patchwork o un collage vanguardista compuesto de flujos y de “fragmentos de los flujos” (Lyotard), un montaje de fuerzas tan diversas como “fluidas y resbaladizas” (Deleuze y Guattari).

Ahora bien, este postulado del deseo humano como crisol de flujos conduce al problema de su particular estatuto. Se trata de evitar, el fisicismo por un lado y el idealismo por otro. La solución que promueven tanto Deleuze y Guattari como Lyotard, consiste en retirarlo del ámbito exclusivo del individuo y su pretendida interioridad, y proceder (a la vez) a su naturalización y a su socialización radicalizadas. Es decir, a situarlo en relación directa con el campo social, haciéndolo participar al mismo tiempo de la naturaleza –aunque sin reconvertirlo en instinto. Se trata de formular una teoría materialista del deseo poniendo a jugar en ella tanto un materialismo físico como un materialismo histórico. Solo que este materialismo deseante se quiere no newtoniano en su entendimiento de la naturaleza, no marxista en su abordaje de lo social, y no freudiano (o no totalmente freudiano) en su comprensión de la psiquis. De esto resulta, como queda dicho, el deseo concebido como una fuerza psíquica en íntima relación con otras fuerzas de la más diversa índole – psíquicas, pero también físicas, orgánicas, sociales y artificiales. Resulta, también, una reformulación del concepto (psicoanalítico) de inconsciente, puesto que lleva a dejar de entenderlo como un reservorio reprimido de pulsiones, fantasías y complejos individuales, para transformarlo en un ámbito interno-externo, una zona de micro-pasajes y micro-generaciones, lugar de montaje de fuerzas heterogéneas. El inconsciente se figura entonces como espacio infinitesimal de n-dimensiones, donde una multitud de vectores se interceptan, se integran y desintegran, siguiendo dinámicas generativas que ignoran los principios físicos y metafísicos clásicos: identidad, no contradicción, tercero excluido, causalidad mecánica, determinismo, etc. Esto es un Espacio-tiempo

no newtoniano, virtual a la vez que real, de geometría no euclidiana y lógica no aristotélica, habitado por dispositivos libidinales –o agenciamientos maquínicos– que reciben y “sintetizan” esos flujos heterogéneos y los (re)producen como deseo. Una consecuencia mayor de lo anterior es la imposibilidad de aislar de manera clara y distinta un cuerpo deseante de los otros con los que se encuentra enlazado de cerca o de lejos, actual o virtualmente. Tampoco puede separárselo del resto del cosmos del que forma parte. Y a ello se agrega que la relación más básica del cuerpo humano con el mundo de fuerzas naturales y sociales en el que está inmerso no sigue los principios de una razón instrumental o sustantiva, ni de un instinto mecánico. Aquí, como en el psicoanálisis, el cuerpo pulsional carece de todo a priori (cognitivo, afectivo o moral), y la economía primaria de su funcionamiento está lejos de tender al equilibrio. Sucede que en el nivel de los procesos que este postestructuralismo llama micro-lógicos o moleculares, el cuerpo humano no es una estructura ni tampoco una totalidad. Antes bien, falta a toda coherencia y determinación y, sin embargo, funciona. Solo que lo hace según un régimen que viola la lógica identitaria y desconoce las leyes deterministas. En el espacio-tiempo libidinal los procesos psíquicos primarios o moleculares invisten inmediata y caóticamente todo lo que afectan y todo aquello por lo que son afectados. Pero a esto hay que agregar un secreto descubierto por las revoluciones científicas del siglo XX, y asumido por el paradigma de la diferencia infinitesimal como un hallazgo del más largo alcance: en el nivel microscópico, tampoco la naturaleza respeta los principios de la lógica clásica ni de la física newtoniana. De modo que los procesos primarios del inconsciente invisten la physis en sus propios términos micro-físicos.

Macro y Micro física

La omnipresencia del deseo como tema y problema en la micro-política de Deleuze y Guattari y la economía libidinal de Lyotard, no debe distraernos respecto de su proximidad con la microfísica de Foucault. Proximidad relativa a una sintaxis compartida, donde las zonas de tensión se encuentran no solo en la elaboración de los legados paternos (Nietzsche y/o Freud, para el caso), sino también en la relación fraternal entre quienes se quieren emancipados, asesinos del padre. La clave de esta comunidad teórica radica en que también Foucault ofrece una concepción multilineal, infinitesimal, reticular y a-centrada del campo social, así como una comprensión de la sociedad y el individuo como productos de la organización (microfísica) del tejido de relaciones dinámicas que en ese campo se traman. De más está aclarar que en su caso lo que importa es el poder y no el deseo. Pero sería un error atribuir caracteres intensivos solo a este último y a la constelación que lo acompaña naturalmente (los afectos, las emociones, la percepción, la memoria y, aun, el juicio). Es decir, a

todo lo que Foucault tiende a desalojar de su analítica y su genealogía. El poder también puede ser concebido en términos de diferenciales de fuerza e integraciones infinitesimales y, de hecho, allí radica la especificidad de la micro-física foucaultiana. Allí reside también uno de los motivos por los cuales Deleuze (1986) ha podido subsumirla, con éxito, a su propio esquema general. Pero, por lo mismo, puesta en perspectiva y leída en sus interlocuciones nunca del todo explicitadas, esta microfísica del poder se revela como una variedad del abordaje meta-teórico que hemos procurado describir con el nombre de paradigma de la diferencia lineal o infinitesimal.¹

Ello puede ponerse claramente de manifiesto si se establecen las articulaciones básicas de este paradigma según la serie: multiplicidad diferencial – acontecimiento - dispositivo/agenciamiento – difusión o flujo - disposición o agenciamiento de dispositivos. En el idioma abstracto de la filosofía de la diferencia y la multiplicidad, esto puede leerse del siguiente modo: un flujo se forma cuando una diferencia, producida de manera acontecimiental, se desplaza linealmente mediante su microrepetición iterada, enlazando y dando cierta consistencia y direccionalidad a las multiplicidades diferenciales por las que pasa. A ello hay que agregar que la multiplicidad de flujos o líneas diferentes que constituyen un campo dado se integran mediante dispositivos productivos de nuevas diferencias que a su vez se diseminan linealmente, pudiendo también integrarse o componerse con otras líneas –y así hasta el infinito .

Si releemos ahora los trabajos genealógicos de Foucault a la luz de esta reconstrucción, encontraremos lo que siempre estuvo ahí. De acuerdo a su microfísica, las tecnologías de poder son programas de control de fuerzas y cuerpos sociales, que surgen de manera contingente para luego difundirse micro-linealmente configurando redes de dispositivos capaces de estructurar estratégicamente un campo social dado. Las disciplinas, por ejemplo, son un conjunto de técnicas, procedimientos y saberes orientados a reticular infinitesimalmente el espacio, el tiempo, los movimientos y los cuerpos –esto es, a darles un tratamiento intensivo–, con el objeto de sujetar multiplicidades sociales a una norma específica de producción. Se trata de pequeñas invenciones que, a pesar de su sencillez y modestia, o tal vez precisamente por ello, fueron revelándose como operadores socio-políticos de eficacia asombrosa y del más largo alcance (“el huevo de Colón de la política”). Que su surgimiento fuera acontecimiental no quiere decir que haya sido ex nihilo, ni de una sola pieza. Antes bien, de acuerdo con Foucault, las disciplinas tuvieron una constitución poligenética y acumulativa. Ellas no son otra cosa más que una serie de principios, operaciones y métodos específicos que, provenientes de espacios e historias sociales heterogéneas (conventos, cuarteles, talleres), fueron integrándose o, si se quiere, disponiéndose, de acuerdo a unas funciones

¹ Me permito remitir a Tonkonoff (2017)

particulares (clasificar, distribuir, aumentar, disminuir, componer, descomponer). Y es, precisamente, la fórmula abstracta de esa disposición, esas funciones y procedimientos, la que se han diseminado por el campo social creando instituciones nuevas, colonizando las existentes, y haciendo hacer a grandes masas de población, según sus determinaciones minuciosas e individualizantes. Es esta fórmula o programa preciso el que se va repitiendo o diseminando por el campo social, tejiendo una “trama infinitamente tupida de procedimientos panópticos” (Foucault, 1975, p. 225), por la que pasan los cuerpos para ser individualizados y ajustados a las normas de esta anátomo-política del detalle ínfimo. Las tecnologías bio-políticas, por su parte, habrían surgido de igual modo. Esto es, de manera acontecimental como *dispositio* de técnicas y saberes heterogéneos integrados o puestos a co-funcionar de acuerdo a una serie de objetivos precisos. También ellas son programas de control de multiplicidades sociales que se difunden estableciendo un enjambre de dispositivos de tratamiento intensivo de los cuerpos y las fuerzas sociales. Solo que trabajan en el nivel de los grandes agregados.

Dispositivo, agenciamiento, flujo

Así, a la hora de dar cuenta de los procesos sociales y sus dinámicas, Deleuze y Guattari –también Lyotard– hablan de flujos de deseos y sus agenciamientos maquínicos; mientras Foucault refiere a la diseminación o proliferación de dispositivos de poder-saber y al *continuum* diagramático que ellos forman. El poder/saber se difunde, los deseos se contagian. En un caso hay un énfasis afectivo, en el otro tecnológico, y sin embargo, se trata siempre de la repetición de una diferencia que se propaga, tejiendo redes, luego de su acontecimiento. Estos procesos pueden tener un carácter tanto macro como micro político, molar o molecular, primario o secundario, pero siempre son virales o, si se quiere, miméticos e infra-miméticos. Este postestructuralismo es difusionista. Que la microfísica de Foucault evite el vocabulario deseante no cambia en nada este principio clave (y tampoco le ahorra los problemas del caso). No hay en Foucault líneas de influencia o contagio afectivo como en Deleuze y Guattari, ni vectores libidinales de identificación y des-identificación como en Lyotard. Las líneas y las redes de poder son fundamentalmente coercitivas. Tal vez ese sea uno de los puntos donde la distancia intra-paradigmática respecto de su fratría sea mayor. Con todo, esa diferencia disminuye su grado cuando Foucault (2008) comienza a caracterizar al poder como acción a distancia, y se vuelve infinitesimal cuando habla de gubernamentalidad.

Deseo y poder son los nombres que da el paradigma de la diferencia intensiva a las fuerzas infinitesimales que componen, sostienen y modifican la vida social y subjetiva. La captación del

carácter microfísico, relacional y a-centrado de estas fuerzas disuelve la pretendida homogeneidad estable y definida de los sistemas sociales. Rechaza, al mismo tiempo, la comprensión de las sociedades como totalidades macro-estructurales (sean dialécticas, funcionales, estructuralistas), y cuestiona la existencia de individuos en cualquiera de sus versiones clásicas (sea como átomos cartesianos, unidades intencionales fenomenológicas o posiciones de sujeto estructuralistas). Ni totalismos ni individualismos; la nueva imagen de lo social que emerge es la de un sinnúmero de flujos o líneas de relación, y la de una multitud de micro-dispositivos que los producen, reproducen y transforman. Lo que equivale a afirmar que las configuraciones que llamamos individuos tienen lugar en una trama móvil que los constituye y los excede. Y lo mismo vale para las configuraciones humanas que llamamos sociedades (sean de escala local, regional, nacional o planetaria)

Bibliografía

Deleuze, G. (1986). Foucault. Minuit

Deleuze, G., & Guattari, F. (1972). L'anti-Œdipe. Capitalisme et Schizophrénie I. Minuit.

Deleuze, G., & Guattari, F. (1980). Mille Plateaux. Capitalisme et Schizophrénie II. Minuit.

Foucault, M. (1975). Surveiller et punir : Naissance de la prison. Gallimard. Foucault,

M. (1976). Histoire de la sexualité I : La volonté de savoir. Gallimard.

Foucault, M. (2008). Seguridad, Territorio y Población. Fondo de Cultura Económica. Frank, M. (1989).

Lyotard, J. F. (1971). Discours, Figure. Kliencksiec.

Lyotard, J. F. (1974). Economie libidinale. Minuit.

Lyotard, J. F. (1994). Des dispositifs pulsionnels. Galilée.

Tonkonoff, S. (2017). From Tarde to Deleuze and Foucault. The infinitesimal revolution. Palgrave MacMillan.